(Transcripción)

Hong Kong el 10 de enero de 1982

Mensaje[1]

Cuando habló a los 1.000 miembros del Movimiento de los Focolares en Hong Kong el 10-1-1982, Chiara les dirigió un amplio mensaje del que transcribimos algunos pasajes, tal como los publicó la revista «Città Nuova» el 10-11-1982.

Lo que más me ha impresionado al leer la historia reciente de vuestra ciudad, ha sido el discurso de Pablo VI en el estadio de Hong Kong, donde en 1970 lanzó al pueblo chino aquel famoso mensaje condensado en tres palabras: amor, amor, amor. Leyéndolo de nuevo esta mañana ha nacido en mi corazón el deseo de contribuir a realizarlo con todos vosotros.

En la liturgia de estos días San Juan dice: «Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor es perfecto en nosotros» (1 Jn. 4,12). ¿Cómo tener, pues, el amor perfecto en nosotros para ser este mensaje vivo? Jesús, dándonos la medida de este amor, ha dicho que tenemos que estar dispuestos a morir el uno por el otro. Él mismo nos ha dado un ejemplo concreto, antes que nada en el lavatorio de los pies. Amarse, por tanto, significa servirse recíprocamente.

Si hacemos esto sin duda habrá frutos. El amor recíproco provoca la unidad. Hoy se oye hablar mucho de unidad. Pero, ¿qué es la unidad cristiana?

Quisiera poneros un ejemplo para que me comprendan también los más jóvenes, para los que se encuentran aún en los bancos del colegio. Se sabe que con dos elementos se puede hacer una mezcla o una combinación. Y, ¿cómo se hace una combinación? Al calor del fuego, de dos elementos se obtiene un tercer elemento, totalmente distinto. Del mismo modo, con la llama del amor divino, vivido por nosotros, por todos nosotros juntos, ya no seguimos siendo dos, sino que se obtiene un tercero. Y este tercero es Jesús. Él, que vino a la tierra hace dos mil años, una vez resucitado de la muerte nos dijo una palabra maravillosa: «Yo estaré con vosotros hasta el final del mundo» (Mt. 28,20).

Por tanto, Jesús está aquí también hoy. El se ha quedado en la Iglesia, según su promesa. Se ha quedado en la Eucaristía, en la Jerarquía, en su Palabra, y también en los pobres. Pero el mundo pasa cerca de Él y a menudo no lo ve. Y, sin embargo, hay una forma de hacerlo visible. Donde dos o más están unidos en su nombre, donde hay unidad, allí el mundo puede verlo. Lo ha dicho Jesús: «Que sean uno para que el mundo crea» (Jn. 17,21). Cree porque ve la unidad.

Cuando hay unidad, se siente el valor, la fuerza, el amor, el ardor. Vosotros lo habréis sentido en la Mariápolis, en algún centro del Movimiento, en algún monasterio en el que se vive esta espiritualidad. También los niños más pequeños lo advierten y son el termómetro de la unidad en las familias. Este es el testimonio, la Presencia que convierte al mundo. Porque la unidad expresa a Jesús, lo muestra como una flor que se abre. La unidad genera al Resucitado, que ha dicho que se quedaría siempre con nosotros. Tenemos, pues, que vivir de manera que lo generemos siempre en medio de nosotros, que lo mostremos al mundo, que seamos, en cierta forma, como María, madres de Jesús.

Él es la luz que traspasa todas las tinieblas, como las estrellas, y es calor que atraviesa todos los confines.

Si nosotros sabemos amarnos así, el Amor por excelencia que es Dios, estará aquí en Hong Kong, y realizaremos el mensaje de Pablo VI. Aquellas que eran tres palabras en boca del Papa, se habrán

[1] De *Encuentros con Oriente*, Editorial Ciudad Nueva, 1987, pag. 95-97

convertido en una realidad. El Resucitado estará presente aquí, y el Resucitado es el Amor. Nosotros no sabemos lo que Él podrá realizar a nuestro alrededor. No conocemos los planes de Dios. Sólo sabemos una cosa: que Él, Dios, quiere de nosotros esta unidad, este amor, para donarlo al mundo.

Chiara Lubich